

Bruce Andrews

Poetry as Explanation, as Praxis

Poesía como explicación, como praxis

Translation: Kevin Clark Power

*Oh, el destino de los más viles son las recompensas
y los mejores se quedan ahí, sorprendidos
boquiabiertos ante un simulacro vacío,
Sólo el contarlos me entristece,
y los ricos llevan sus negocios sobre sus cabezas.*
Marcabru, Provenzal, Siglo XII.

Voy a utilizar, como punto de apoyo a mis observaciones sobre política y radicalismo en la literatura reciente, los dos libros antológicos del tipo de poesía en la que Charles Bernstein y yo nos centramos al editar *L=A=N=G=U=A=G=E* y *The L=A=N=G=U=A=G=E Book* (Southern Illinois University Press 1984): *“Language” Poetries*, ed. Douglas Messerli (New Directions, 1987) y *In the American Tree*, ed. Ron Silliman, (National Poetry Foundation, 1986).

Siempre estoy intentando reorganizar mi vida. Y también el mundo. Las palabras escriben escriben, *son* política. *Incomprensión* es el subtítulo.

ME IMPACIENTO

El disenso radical y el tono “político” de la literatura se medirían convencionalmente en función de la comunicación y los efectos concretos que causarían sobre una audiencia. Lo que significa, o un esfuerzo claro dirigido a dar poder o movilidad a identidades ya existentes, o a la representación de las condiciones externas, por lo general de un modo centrado en temas candentes y específicos. A esto se le conoce como la elite progresista. Los supuestos corrientes sobre la comunicación directa, no mediatizada, aquella que da “voz” a la “experiencia” “individual”, sobre la transparencia del medio (lengua), la instrumentalización de la misma, el pluralismo, etc., complican este proyecto. Pero en el fondo, esta literatura progresista convencional no ha llegado a hacer una reflexión real de la escritura y de su medio, la lengua. Aunque en una época en que la perpetuación del *status quo* cada vez depende más de la ideología y de la lengua (lengua en ideología e ideología en lengua), esto significa que no puede realmente afirmar que comprende y/o desafía a la naturaleza del conjunto social; no puede ser política a este nivel esencial.

El deseo de una dimensión social, política de la escritura — que abarque una preocupación por un tipo de público, bienes comunitarios, y una comprensión y transformación general —, ha de integrar una preocupación general por la lengua como medio: por las circunstancias en la construcción de significado, intención o valor, y sentido. Técnicos de lo social —la necesidad de ver a la sociedad como un todo — Este trabajo, en los últimos años, ha significado una concepción de la literatura *como* política, no una literatura *sobre* política. Si preguntamos ¿cuál es la *política* dentro de la obra, dentro de *su* obra? En lugar de una escritura instrumentalizada o que instrumentaliza, quiero hablar de una escritura poética activamente *explicativa*. La que explora las *posibilidades* del significado, del “ver a través”: trabajos que ponen en un primer plano el proceso por el cual la lengua “funciona”, implicando la historia y el contexto necesarios para que la escritura sea entendida en su totalidad, introduciendo de nuevo *dentro* de la escritura aquellos bloques básicos y límites de significado y sentido, concediéndonos una distancia más amplia al ponerlos en los circuitos de su funcionamiento interno.

La explicación misma está arraigada en la propia escritura — la que *sitúa* la obra en función de su material social, de aquello a lo que maneja, resiste y caracteriza—. La que interpreta el exterior, no sólo a sí misma. No trata de ser auto explicativa de un modo formalista y orientado al proceso, encerrada en su esfera aislada. Es en sí misma una interpretación. Es una respuesta, una producción que tiene lugar en un contexto de reproducción más amplio. Y ésta es la reflexividad que deberíamos estar buscando — de tipo social, que se manifieste a través del *método* (de escribir y leer) no (sólo) del “contenido”. El método como Prescripción —planteando problemas, provocando la lectura—.

Todo lo que sucede tiene una causa. Los límites no se localizan hasta que se empujan. Reescribir el cuerpo social —como una transacción de cuerpo a cuerpo —: es decir, escribir un “cuerpo de lectura”, que cada vez se reconoce más *social*, para que se ponga en funcionamiento. Poner al descubierto el truco, desdeñar los hechos por no ser evidentes por sí solos. Un efecto V para combatir lo obvio; oponerse es igual a rebelarse; una contra-afirmación mediante nuestras “balas cerebrales hechas de papel”. Todo esto apunta a observar la lengua como medio en dos aspectos: primero como un sistema de signos; segundo como discurso o ideología. Círculos concéntricos, uno dentro del otro.

Pero en ambos casos el mismo interés: no reprimir la construcción activa, la *construcción* de significado, la *creación* de sentido, un sentido social.

A lo primero que nos enfrentamos es a la lengua entendida formalmente: el *signo*. No existe “tratamiento directo” de la cosa posible, con excepción de las “cosas” de la lengua. La pureza cristalina — o la transparencia — no se encuentra en las palabras. Este ideal clásico es una ilusión — aquella que recomienda que reprimamos el proceso de producción o que desviemos nuestra mirada de él —. Una alternativa sería el enfrentarse al medio, la lengua —a través de lo cual obtendríamos una poesía que actuase como lectura, y que reconociese o se enfrentase, por medio de una reescritura del lenguaje, a su base material. Para dudar de todas y cada una de las construcciones “naturales” de la realidad. No sólo articulando la brecha entre el signo y su referente — o teatralizando dicha brecha evitando crear significado —, sino resaltando una idea más sistemática de la lengua como sistema y juego de diferencias, con sus propias reglas de funcionamiento. La praxis radical — a este nivel, a este nivel, o dentro de este primer círculo concéntrico — implica así los rigores de la celebración formal, una infidelidad juguetona, una cierta ilegibilidad *dentro* de lo legible, el infinito, una exhuberancia abierta de par en par, una máquina en perpetuo movimiento, una transgresión.

BAJO EL ABRIGO QUE A TODOS NOS CUBRE

Ha llegado la hora de mojarnos. Valorar la forma tiene unos límites — y también los tiene intentar entender lo arbitrario desde un punto de vista ontológico —. O sacar elementos de contexto para privilegiarlos. Moviéndonos concienzudamente dentro de — o perdiéndonos en — la *superficie*, corremos el riesgo de separarnos con demasiada facilidad de un entendimiento más social de las palabras, de sus asociaciones y discursos. Las diferencias importantes no son sólo de significación, de semiótica (aunque en este tipo de poesía ciertamente son muy importantes, a diferencia de lo que ocurre en las prácticas literarias no radicales actualmente). Así, hay que trabajar *hacia* el exterior, a través de los procesos internos del signo y por encima de éstos — e ir más allá del proyecto de constantemente romperlo en pedazos y de esperar conseguir el “pito pito gorgorito donde vas tú tan bonito...” (Después de todo, la sociedad inhibe el juego libre de infinitas posibilidades, juguemos nosotros o no). Y también superar el vehículo convencional y fácil del sujeto. Estático, en su sentido profundo: *encontrarte fuera de ti mismo*. El espacio del cuerpo es social, situado en el tiempo —saturado

socialmente: el cuerpo del lector (el cuerpo potencial de un lector potencial) y el cuerpo de significado, los materiales temporales y oportunos de los cuales extraemos el significado. Hay un afuera = Contexto. “Las autoridades externas” podrían ignorarse; pero no se entienden por ser ignoradas. Hasta la autonomía no es autónoma. O sea que podemos dirigir nuestra bien desarrollada atención a los signos, junto con nuestro deseo de confundirlos o agitarlos y exponerla al diálogo social, a redes de significado, entendido éste como profundamente socializado, y a cuestiones sobre cómo se hace el sujeto. (Lectura como escritura y escritura como lectura): la construcción de los americanos — mi formación, la formación de mí mismo y de mi yo — la tuya, la de ti mismo, la *nuestra*.

Nuestro medio no es un almacén de estilos; es la forma en que los signos están ya de antemano ordenados en códigos sociales, en la construcción y mediación del significado. (O por añadidura), los códigos sociales que atan y median. Argumento: la forma en que regulamos el significado es la forma en que se escribe el cuerpo social — local, nacional y globalmente (¿podría ser incluso intergalácticamente?) Y como telón de fondo: el significado se ha realojado en modos fijos — ha emigrado a la contención, al gobierno social, es obediente al control / disciplina / Estado / estabilidad / fuerza / autorregulación. (Esto hace más fácil trabajar con lo que algunos críticos marxistas más ortodoxos llamarían irónicamente “la desorbitación del lenguaje” — siempre y cuando el lenguaje se entienda como una red de “sentido”, *así como*, y no sólo, un juego de significantes. Además, cualquier cambio social duradero y transformación de valores sociales se produce al mismo tiempo “dentro del sentido” y “por encima de éste”.)

Encarar — o reconocer la cara de — un *horizonte* social, una condición limitadora o “campo de operaciones” y de soberanía. Un cuerpo de sentido global: un significado más *amplio*, no más “profundo”, dentro de un contexto o marco casi total — atado a los límites sociales coercitivos de lo posible, lo aceptablemente posible y correcto. (La verdad es que el campo social mismo parece estar cada vez más hinchado, o agotado, con ambiciones dirigidas al acuerdo total y a la propiedad social, a nivel nacional e incluso global — sujetos y grupos cada vez más hipotecados por un “sistema” externo, un horizonte socialmente construido — *que se oscurece*.)

El lenguaje lleva consigo el contexto de todos, o la huella. En medio de la impersonalidad personificada, hay una personalidad. Y asimismo trozos cargados de significado. Pero para entender sus formas — la trayectoria y el revoltijo de los signos y

los sujetos — habremos de reestructurarlos y reposicionarlos: como funciones del campo de sentido en el que estén operando. En lugar de despreocuparnos y observar inútilmente cómo contribuyen al gobierno y la estabilidad de dicho contexto, de sus marcos restrictivos — que hacen, de la forma que verdaderamente se debería cuestionar, la forma de la sociedad misma —.

Fuera de cualquier autonomía que nos gustara imaginarnos para la lengua, existe un exterior: una red organizada y con poder; un conjunto de prioridades y prácticas, de exclusiones y desprecios, de promoción y publicidad que las relaciones de poder en la sociedad organizan de determinada manera. El proceso por el cual el sentido se produce, en otras palabras, está *gobernado socialmente* — representado en el discurso y arraigado en la ideología —. Es cuando el aluvión de signos y las aberraciones individuales son procesados: como actos de habla afectados o artificiales, actuaciones reconociblemente normales, maniobras confiadamente típicas. El conjunto de relaciones de poder que subyace a la ideología posee sentido práctico, peso y maquinaria. Sus inversiones han “echado raíces”. Su estructura organizada asegura y orienta el significado. Distribuye y da forma a la utilidad de la lengua. Y esta influencia de las formas sociales dominantes sobre el individuo se entromete en cualquier diálogo que podamos promover entre la lectura y la escritura.

El juego libre se tropieza con su némesis: la que está agazapada todo el tiempo tras las sombras. El sistema de signos (nuestro material bruto) es coreografiado *por* las declaraciones del habla y el discurso — una regularización anónima—. Un contexto exterior las limita, disciplina y normaliza; inmoviliza los significados. Posiciona identidades poniendo trabas al campo del contenido y del discurso, de modo que un texto, independientemente de la autonomía formal con que podamos animarlo, también encierra e implica una saturación social. El contenido da órdenes para tranquilizar al orden.

Esta contención no determina todos los detalles. Parece que el “significado” se gobierna a sí mismo según ciertas normas y dentro de ciertos límites — ni tan coercitivos a simple vista, ni tan flagrantemente “faltos de libertad”—. Pero la visión normal romántica de la ingravidez y autonomía del sujeto presenta inquietantes paralelismos con el supuesto formalismo autónomo e ingrávido del signo. *Ambos* ignoran el contexto social externo y su red de relaciones de poder.

Este cuerpo de sentido e ideología lucha por hacerse social. Actúa sobre los significados de la misma forma que lo hace sobre los individuos: convierte a aquello que pensabas era tu significado en un “tema”, un centro de control. Construye, de lo que se celebraba como algo individual, un sistema de apoyo a sí mismo; eso se llama interpelación, sometimiento, afiliación o reclutamiento — ofrecimiento de incentivos — cuando la sociedad se vende a sus propios productos, constituyendo o reconstituyendo sus instrumentos, sus (supuestamente libres) receptores. La socialización se efectúa a través del acto de denominar — y de leer —. La sociedad *trae* a sus sujetos a la luz y los lleva a la acción: una incorporación, una interiorización, vigilancia y asimilación. Según las reglas, *escriben* nuestros cuerpos *cuando* hablamos según las reglas. Y yo no escucho “dominado” sin haber escuchado “denominado”.

Pero el testimonio es siempre incompleto, siempre demasiado ambicioso. Los tópicos son como pantanales de los cuales quieres huir; o, como espectador, retroceder para obtener una mejor vista. Sin fisgonear, contextualizando. Sin celebrar la identidad sino reconociendo su estereotipación y su contención: cómo se construye y se posiciona dentro de lo que se llama un “todo” que no llega a encajar. Ya que, si el sistema *da cuenta* de los individuos y de la incorporación de significados individual, la escritura (en tanto que interpretación) puede dar cuenta del sistema y ayudar a cuestionar al ser *social*. El sentido y el sujeto pueden ser sacudidos, reestructurados — el sujeto lector y el escritor como lector — a la luz de un todo social lo más amplio posible, en donde la acción pueda tener lugar. Y del mismo modo la lectura podría generar un futuro distinto; guardando distancia con el signo y también con la identidad, la forma en que se producen; releendo la lectura que el *status quo* social nos hace tragar.

ESCRITURA COMO LECTURA

Las cosas no cambian lo suficientemente rápido. Nos asfixian los límites en los que a la vez estamos tan atrapados, tan ciegos: no sólo los límites del significado, sino también los límites sociales. La afirmación no es suficiente; la afirmación falla. Por mucho que proclame la llamada “productividad del significado”, no logra articular el proceso por el cual se produce el sentido (o lo que se espera de éste y de la ideología). Y dicha articulación necesita estar presente y ser política también. Una política — al mismo tiempo— del signo y del contexto social.

La poesía puede hacer honor a su trasfondo social rebelándose a su *establishment* o su institucionalización. El radicalismo como forma de análisis. Y si la escritura radical implica un auto cuestionamiento, una “hermenéutica de sí misma y de su actividad”, necesita llegar hasta el funcionamiento de la misma esfera social. No se trata sólo de disputar la agresividad lineal y las omnipotentes certezas del lenguaje “regular” mediante símbolos y dobles sentidos, sino de disputar los procesos o vehículos que transmiten *ambos* significados (los que se dan en el doble sentido y en las ironías y ambigüedades insustanciales). No sólo aprovecharse del aparato existente con objeto de impulsar la prioridad de los intereses del grupo o de la expresión personal, sino más bien hacer tan visible como sea posible los límites, normas y operaciones de dicho aparato. Demostrar las *posibilidades* del significado y del sentido al ser interpretados; poner de relieve los límites de lo posible — y de nuestras vidas posibles —; inventar la imposibilidad.

Define comprensión como algo distinto a consumo. (*Otra cosa entonces.*) Así es la politización: una *lectura* radical integrada y plasmada en la escritura. Una poesía que es en sí misma “una lectura salvaje” exige una lectura salvaje. La lectura es una respuesta, es un *diálogo con* los paradigmas del sentido, con la *retórica* (que es una lectura errónea en la escritura misma): “¡se nos ha malinterpretado!” La tarea es traspasar esos límites y normas, *leerlos por el final*, para ofrecer una refracción distinta de las circunstancias. Dejemos que el *status quo* se ponga en cuarentena y que *así sea leído*, reprendido, fracturado e interrumpido.

La escritura no responde a los cargos. Pero las circunstancias provocan respuestas. La escritura radical es explicativa. No hay nada que explicar de las palabras. La escritura vuelve superflua la explicación pues *es* explicación; coloca con cuidado las palabras en el horizonte de algún otro mundo exterior. ¿Cómo crear lo *adecuado*, cómo “ser fiel a la forma”? Fomentando la praxis — para que desempeñe la exigencia de prescripciones del lenguaje; de lo Anti-Obvio —. Y presionando activamente “la red de diferenciales” de la escritura misma. Cómo revelar y desnudar el mundo social: moviéndonos hacia el exterior a través de estas capas cada vez más amplias y círculos concéntricos de inteligibilidad. Mediante una escritura que contra-bloquea, o contra-disfraza; que politiza reposicionando su implicación y su intersección en el nexo de las relaciones históricas — esto es, relaciones sociales contingentes, el edificio del poder que, por lo demás, “lo gobierna sin cesar”. Esta escritura reescribe su material — en este caso: los

materiales brutos de una sociedad, una colección de prácticas, confesiones y desmentidos regidos por el discurso. *Excitando, delimitando* de manera más enciclopédica los *límites sociales*, girando alrededor de los límites de la significación. No “profundizando” más que nadie (esa vanidad particular), sino encajando, equipando, reparando y des-equipando el contexto. Para hacer posible los procesos sociales y revocar las licencias; para prender fuego a la falta de imaginación. Este tipo de escritura es al Contexto Social lo que la Prescripción a la Explicación.

HORIZONTE

Ser reflexivo es imaginar: imaginar adónde nos llevarían los detalles. Y la escritura puede ser auto reflexiva — pero a nivel social, donde la escala y el contexto son totales. La contextualización como forma de totalización: como forma de rodear, ponerle sonido o ruido, crear horizontes. Pero si inventáramos un verbo en infinitivo de la palabra horizonte “horizontear”, por ejemplo, querría decir: captar lo que se les *da* a las presiones animadas (o construcciones y convenciones) que llevan consigo las intenciones y deseos, o a lo que éstas presiones se enfrentan o *rebelan*. (Ésta es la “cara” oculta del deseo.) El alcance que esto tiene abarca todo el cuerpo social, las hegemonías cuestionadas del mapa, el todo que necesita ser modificado, el total que se asemeja a lo “falso”: no “todo”, ni estadísticas, ni “los mil puntos de luz” sino un sistema.

Dentro de su funcionamiento, la poesía puede captar más íntimamente esta totalidad: extendiendo hasta el límite el horizonte contextual dentro del cual puedes imaginar cómo el sentido y el significado se producen y completan. Aun celebrando el horizonte su inmensidad, dudo que se puedan localizar sus límites sin desafiarlos, sin intentar establecer algo fuera de él. El horizonte es el *sentido* y cómo está organizado: un sistema normativo, marcos ideológicos de la experiencia, el andamiaje social de la conciencia y de la acción, del deseo y la voluntad. Y podemos reconocerlo rastreando las fronteras: el perímetro, no los “márgenes”; el “borde”. Pon a prueba los horizontes para construir una totalidad *agitada*, no dormida. El Contexto requiere Contestación y por eso la escritura contextualiza al tiempo que contesta sus límites — que son vínculos y ataduras de lealtad, de valor, de comprensión normal. “Incomprensible” — más allá de los límites.

El juego de la lengua en cuanto acción puede sugerir la infinitud, una apertura esencial; pero la cerrazón acontece sin duda fuera de ella — en marcos establecidos de

percepción, de cognición y sentimiento —. La obra poética puede asumir dicho orden: el de un paradigma de discurso e ideología, de coherencia o elocuencia organizada socialmente o socialmente codificada, como un signo: como un cuerpo social de lo que *no se dice*, que lleva consigo (como una membrana) todo lo que *sí se dice* — el proyecto estratégico del *establishment* de apropiarse del sentido y de utilizarlo—.

Nos enfrentamos, en efecto, a ideologías en pugna; el escenario no es tan monolítico. Pero dentro de este desorden hay una constelación dominante de valores — equipos ganadores y perdedores; una hegemonía dominante que apoya al *status quo*. Sondeándola hasta los cimientos de su construcción — desde el sótano, donde se encuentran sus manipuladores —, la poesía halla grietas, goteras, debilidades. Ofrece un terreno *interno* — en el discurso, en la ideología — para iluminar los límites y la ceguera de nuestros programas y formas de vida. De modo que, enfrentados a las diferencias en la escritura, la autonomía del discurso y de la lengua no amenaza con encerrarse demasiado en sí misma. Lo que hace disolverse a dicha autonomía es el *uso*. Y si el sentido es el uso, nuestra reorganización del significado establecido vendría a ser como una nueva coreografía del uso y de la naturalidad, así como de la autoridad normativa o ideológica.

El sistema exterior no es totalmente una estructura sin sitio para la práctica. Se entrecruzan en él la lucha y los asuntos que no pueden ser sistematizados. Es inestable, abierto al cambio, a modificaciones. El contexto es el cuerpo social, por ello puede *avanzar*. Sin embargo, a menudo avanza de manera totalizadora: para vampirizar cada vez más áreas de la vida social — moldeándolas, tomando medidas drásticas y poniéndolas a trabajar en proyectos globales de reproducción del *status quo*, haciéndolo parecer *natural, inevitable*. Ni se nos consultó, ni se nos informó de ello.

La ideología y el discurso conforman una Maquinaria, un Aparato con normas regulares; un sistema referencial colectivo compuesto por prácticas sociales que a su vez forman un cuerpo o estructura social de significado, una configuración poderosa de fuerzas que poseen sus propias imposiciones. Apuntando al exterior, la poesía puede funcionar como una explicación *dentro* de este cuerpo de coacciones y directrices: desviándose de las coacciones y reformando las directrices. Las normas sociales a las que se enfrenta son tanto Negativas (normas de coacción, que dicen “no”, que restringen) como Positivas (normas constitutivas o constructivas, normas que definen la propia naturaleza de la identidad o del deseo —como las reglas oficiales de un juego

que nos hace lo que somos antes de que lleguemos a darnos cuenta de las coacciones: son normas que socializan). El deseo tiene normas como éstas — y a las normas les gusta llenarse de deseo—.

MÉTODO

Al publicar $L=A=N=G=U=A=G=E$, dijimos que estábamos “enfaticando un espectro de escritura que centra la atención principalmente en la lengua y en las formas de crear significado, que no da por sentado el vocabulario, ni el proceso, forma, sintaxis, programa o contenido”. Y nuestra negativa a rebajar la importancia de las cosas puede a su vez cuestionar y desafiar directamente a las *normas sociales* establecidas sobre el vocabulario, proceso, forma, sintaxis, programa y contenido.

El método de esta escritura se enfrenta a la *escala y método* por los cuales reinan el sentido y significado establecidos: una alegoría (¿o se nos denominará ahora “Poetas Metodistas”?). La forma y el contenido se desenvuelven dentro, — es decir, son elecciones dentro de — el *método*, a una escala total. Y el método (social) de la escritura es su política, su explicación, ya que el futuro está involucrado de una forma u otra en cómo la lectura reforma las convenciones. Por obediencia o desobediencia a la autoridad. Por el modo en que la escritura podría ser prefigurativa al ser construida en diferentes niveles y dentro de distintos terrenos: semiosis, diálogo, luchas hegemónicas. Para expandir la zona de la posibilidad social: no sólo incorporando los sueños, sino también demarcando los límites — lo posible reencaminado por medio de lo imposible — mediante la perturbación y reorquestación de los métodos de cómo la significación y el valor en la lengua se cimientan en los funcionamientos *arbitrarios* del signo, pero también en el trabajo moldeador *sistemático* del poder y la ideología. Un método abarcador.

Enfrentada a normas o pautas de coacción — la cara negativa de la ideología —, la escritura responde con una drástica actitud abierta. Así, queda definido un horizonte abierto, dinámicamente, por el fracaso del sentido inmediato, de su capitulación incluso — que son fracasos en el funcionamiento de este *poder negativo* —. Para buscar y crear problemas. Para abrir nuevas relaciones mediante extrañas colisiones entre palabras o bloques de palabras — descubriendo el truco, pero esta vez un truco más social, dejando al Emperador desnudo —. Es como si el orden establecido intentara coserse para crear una estabilidad permanente —y cosernos a nosotros y a nuestros significados dentro —.

Pero si el orden social nos construye a la vez que nos perturba, nosotros también construimos y a la vez perturbamos dicho orden social. Y si hubiera algún romanticismo en celebrar la cohesión apenas creíble del signo, lo mismo sería cierto desde un punto de vista social. En otras palabras, este método de escritura puede sugerir una indecisión *social*, la falta de una *sutura* exitosa. Pequeños cortes; mirada sintáctica, hechos *en bloc*, romper un circuito en el cual una ruptura *significa o representa* algo, la sintaxis como un derby de demolición. Este desplazamiento o desequilibrio social tiene un valor más allá de lo que es una alteración del orden. Es también más que una invitación a un viaje egocéntrico para poetas con autoridad moral. En lugar de ello, ofrece una guía a la luz de la cual los asuntos externos son contradictorios — una condición que no se puede suturar —: y donde las normas son cuestionadas; y en el momento en que se puede reconocer que, por lo tanto, pueden ser cuestionadas, el espacio para la lectura florece.

Pero la ideología también funciona de un modo positivo, como forma de *poder positivo*: que construye nuestras identidades, que solicita nuestra identificación, nuestro juramento a la bandera. Si dicha identificación está incorporada en la forma del sujeto — es decir que ya hay un exceso de significados positivos — entonces no existen sujetos que “dicen lo que piensan de una forma auténtica”. La forma general de crear el sentido ha de enmarcarse y escenificarse de nuevo, ha de ser devuelta a un contexto de “pre-significado” — para descubrir su carácter construido; para revelar desde la crítica, mediante la desmitificación. De lo contrario, su supuesta inmediatez nos engañará: la ausencia de distancia es una especie de encierro.

Una dramatización activa de esta socialización — por la cual la escritura se relaciona con su propia lectura y con su propia legibilidad — realza este proceso. Al detonar, por así decirlo, este impulso identificador, nos estamos aproximando a una plena reflexividad social. Las preguntas y dudas subvierten un exterior que se insinúa entonces en el interior. Porque la única inmediatez posible es una inmediatez en el discurso, en la que los *lectores* “contestan”, y donde la distancia que crea la escritura se manifiesta en forma de hospitalidad.

Lo que se persigue es una escritura como *contra*-lectura — es decir, como una *contra*-socialización —, para poner en funcionamiento esta productividad *social*: el proceso por el cual el significado es construido para los otros (y para nosotros como esos otros). Con el objeto de volver a motivar y politizar, para el lector, el proceso de construcción de la identidad; y entonces hacer posible *no* convertirnos en exiliados de

nuestras propias palabras — las palabras que leemos al escribir — tanto desde un punto de vista negativo (enfrentando las restricciones de normas coercitivas) como positivo (volviendo a motivar los deseos que producen las normas positivas o constitutivas). [Provisionalmente — si hacemos uso de la distinción entre metáfora y metonimia — parece como que las sorpresas de la coacción y la evasión del poder negativo se harían más visibles en un nivel metonímico; mientras que las agitaciones o entusiasmos del deseo — contenido profundo, verticalidad, metáfora — se mostrarían como reestructuraciones del *motivo*, del “por qué” del poder positivo. Una noción de *alegoría del método* ofrecería una manera de pensar en la función de la poesía radical en este frente positivo, metafórico.]

No sólo los funcionamientos del signo, sino los del sentido y la ideología forman parte de la manera en que el orden social tiene de definirse. Y los dos pueden ser cuestionados — en una contracultura o contra hegemonía que abarque al lector y al escritor — para sugerir una forma de discurso más global y diferente: mediante la escala y método social de la poesía cuando ésta rematerializa y reconstruye el lenguaje (como signo y contexto). La escritura que de este modo se da a conocer, publicitando su entrada en la esfera pública, puede fomentar este reconocimiento del sistema, de lo que nos manifestamos en contra: un reconocimiento que está en la base del *alfabetismo social*: una comprensión social o abarcamiento total y *maximización* que necesitamos para orientar nuestra praxis y replanteamiento del contrato social. Éste es el método “inteligente”, como Bakhtin lo definió: “un diálogo con nuestro futuro y un modo de dirigirse al mundo exterior”. Y si la escritura puede implicar tal futuro éste servirá de prescripción radical.